



Vinland, tierra de vikingos

José Rosales Jiménez

Sin lugar a dudas el resultado más espectacular de las expediciones vikingas fue el haber llegado a las costas de Norteamérica. Pero, paradójicamente, en la práctica fue el más insignificante. Aunque los escandinavos pisaron América cinco siglos antes que Colón, en los hechos aquel evento no tuvo el menor significado histórico. A pesar de todo, en función de la época en que sucedió esa hazaña, debe ser considerada como una de las grandes epopeyas de la historia humana.

Hacia el año 800, en plena Edad Media, el norte de la aletargada Europa sería conmovida por un grupo de pueblos de habla germánica que serían conocidos como vikingos. Por más de mil años Europa había venido viviendo intermitentes desplazamientos de los pueblos escandinavos. Pero ahora esos movimientos se transformaron en una plaga de asesinatos, violaciones y asaltos. Los primeros en sufrir los ataques fueron los monasterios y las iglesias, los menos fortificados centros depositarios de tesoros de la Europa occidental. En esa época y en esa Europa cristiana, los grandes tesoros albergados por la Iglesia prácticamente no necesitaban ser protegidos de los laicos creyentes, o aun de los no creyentes. Robar una iglesia era un delito especialmente grave y atroz; delito que la influyente y dominante iglesia del

Medioevo castigaba con particular crueldad. Pero para los descreídos vikingos, los tesoros que los fieles cristianos no se atrevían a violar resultaron en una providencial oportunidad que no vacilaron en tomar.

Para los pasmados europeos que habitaban a lo largo de las costas del Báltico y del Mar del Norte, Escocia, Irlanda e Inglaterra, el azote de la plaga vikinga se debía a la ira divina por los pecados de las poblaciones atacadas. ¿De qué otra manera hubiera permitido Dios los asaltos a sus templos y monasterios? Sin duda los pecadores debieron de ser muchos y sus pecados muy grandes, porque los paganos vikingos habrían de sembrar el terror por más de cien años. Pero la explicación al éxito de los ataques vikingos se encontraba no en el cielo, sino en el mar.

La base de esos atropellos vikingos era justamente su avezado conocimiento de la navegación marítima y fluvial, sin el que ninguna o muy pocas de sus correrías hubieran alcanzado el éxito. Para aquellos asaltantes el mar era su mejor aliado. Desde él podían caer sobre su víctima y luego huir con el botín sin el menor riesgo de persecución. A diferencia de ello, cuando los ladrones intentaban el saqueo por tierra, por regla general las noticias de su desplazamiento precedían a su llegada; así, las posibles víctimas tenían tiempo para esconder sus tesoros y poner pies en polvorosa, incluso podían después perseguir a los atacantes. Mas los caminos del vacío mar por donde se desplazaban los vikingos van hacia todas las direcciones. ¿Cómo podían entonces saber los infortunados hacia dónde perseguir a sus agresores? El mar era un foso del que surgían sus más temibles pesadillas.

Los vikingos habían tenido una vasta experiencia marítima, navegando por los fiordos de las costas de Noruega, por los ríos de Suecia y por las arenosas riberas de Dinamarca. Esa experiencia fue justamente lo que les permitió desarrollar una técnica naval que no tenía igual en su tiempo y que en un inicio se enfocó casi exclusivamente a la piratería. Sin embargo, los vikingos eran un pueblo de costumbres flexibles, aunque no muy civilizadas. Sus expediciones podían incluir lo mismo fines comerciales, de exploración, de colonización, o de piratería, pero no necesariamente en ese orden de prioridades.

Las presiones demográficas que los escandinavos ejercían sobre la tierra de sus gélidas naciones fue en gran medida el motor que les impulsó a iniciar su aventura marítima. Navegando por el extremo norte del Atlántico, hacia el año 700 los vikingos habían llegado y fundado colonias en las islas Orcadas, las Shetland y las Feroe, situadas a unos 300 kilómetros al norte de Escocia; y luego, en el año 770, prosiguiendo su camino, comenzaron a establecerse en Islandia. Pero esta tierra, situada

a unos mil kilómetros al oeste de Noruega, no habría de ser el límite de los osados nórdicos, por el contrario, sería el punto de partida de la más extraordinaria hazaña de la navegación vikinga: su llegada a las costas de Norteamérica.

UN DELINCUENTE EN EL UMBRAL DE LA HISTORIA

Hacia el año 874 los noruegos se habían ya establecido de manera permanente en Islandia y en 930 la mayor parte de tierra habitable estaba completamente ocupada. Pero antes de esto, para no alterar la imagen que habrían de transmitir a la posteridad, habían expulsado o asesinado a los frailes irlandeses que ahí radicaban en busca de retiro espiritual. Como fuese, los noruegos fueron los primeros en fundar una colonia permanente en aquella tierra. Por el año 930 la tiranía del rey Haroldo el Rubio, que intentaba unificar Noruega, obligó a muchos jefes menores a emigrar. Como resultado de esto y de la consabida limitación de tierra, se produjeron grandes desplazamientos que pronto llenaron Islandia hasta el tope. Cuarenta años más tarde, las demandas de aquella explosiva población se verían agravadas por un periodo de escasez. Los escandinavos no tenían más salida que seguir avanzando. Groenlandia fue el siguiente paso.

Los nuevos islandeses pronto descubrieron que el mar era su fuente de alimentos más confiable, y desde luego explotaron las aguas que rodeaban la isla. Entre aquellos marinos pescadores, y para no faltar a la tradición de la narrativa marinera de todas las épocas, aparecieron relatos sobre una lejana isla ubicada al oeste de Islandia. Según se rumoraba, un tal Gunnbjörn la había divisado en medio de una tormenta. Aquella isla, aunque los vikingos no lo sabían con certeza, en verdad existía. Era Groenlandia, la mayor isla del mundo, distante apenas a unos 320 kilómetros al noroeste de la costa islandesa. De hecho, desde las cumbres de las montañas más altas de la Islandia noroccidental, nebulosamente se podía divisar una tierra en el horizonte. Hacia finales del siglo X, en aquella región de la isla vivió Eric Thhorvaldsson. Este noruego generalmente es mejor conocido como Eric el Rojo, sobrenombre que debía al color de su cabello.

Parece que Eric el Rojo era un delincuente muy aficionado al crimen. En 982 fue proscrito de su natal Noruega después de haber cometido un homicidio, por lo que huyó a Islandia. Ya en esta isla se establece en Haukadal, en el oeste, pero también ahí aparece su manía por el crimen. Proscrito por otros homicidios, vuelve a trasladarse, esta vez a una población de Breida Fjord, una península de la costa noroeste de Islandia. En este lugar, fiel a su pasatiempo favorito, comete otros asesinatos, es por ello ex-



Eric el Rojo

pulsado y sentenciado a tres años de exilio. No habiendo al parecer más tierras donde practicar su manía y de las cuales ser proscrito, decide zarpar e ir más lejos, hacia el oeste, en busca de la isla que, según se rumoraba, existía en aquella dirección.

Después de una travesía de apenas unos 800 kilómetros al oeste, complacido se percató que los rumores tenían fundamento. Lo que había descubierto era un inmenso subcontinente que en su mayoría estaba cubierto de hielo. No hallando posibilidades para el desembarco, navegó hacia el sur siguiendo la costa, hasta que la pudo bordear, dirigiéndose después hacia el norte. Esta costa suboccidental resultó menos helada, y Eric juzgó que era adecuada para fundar una colonia. Durante

los tres años que duró su destierro, Eric y su tripulación se dedicaron a preparar los terrenos para las granjas y caseños.

En el año 985, al terminar su exilio, Eric regresa a Islandia con la idea de reclutar colonos para la tierra recién descubierta. En un exceso de imaginación y sin duda buscando despertar el interés de los posibles colonos, Eric bautizó a la nueva isla con el nombre de «Groenlandia» que significa «tierra verde». Aunque en aquella época (hace unos mil años) el clima septentrional era un poco más suave y tal vez muy similar al de Islandia, la verdad es que la mayor parte de Groenlandia era (tal como lo es ahora) un enorme páramo cubierto por hielos eternos de kilómetros de profundidad. De cualquier manera Eric halló voluntarios para colonizar la nueva tierra.

En 986 sale nuevamente de Islandia, esta vez con una flota emigrante de 25 barcos, de los cuales solamente 14 llegaron a su objetivo. Los 450 expedicionarios que sobrevivieron a la tormentosa travesía fundaron dos colonias: una, Herjolfsnes, en el oeste del extremo sur y la otra, Vesteygden, más al norte, en la costa noroccidental. Mientras las comunidades vikingas de Groenlandia existieron, sostuvieron una estrecha relación con Noruega que perduró por casi cuatro siglos y, al mismo tiempo, sirvieron como base para exploraciones llevadas todavía más al oeste.

Así las cosas, cuando los antiguos noruegos se establecieron en Groenlandia, Norteamérica se convirtió en un vecino relativamente cercano. La parte más angosta del estrecho de Davis, que separa a estas dos tierras, cuenta apenas con unos 400 kilómetros de ancho; distancia modesta para los experimentados navegantes vikingos.

LEIF EL AFORTUNADO, PRIMER EUROPEO EN AMÉRICA

La historia de las colonias de noruegos en América se inicia con Bjarni Herjólfsson, comerciante marino que rutinariamente efectuaba negocios en Noruega e Islandia. En cierta ocasión,

mientras navegaba de Islandia a Groenlandia, una tormenta lo arrastró más allá de la punta de esta última isla, rumbo al oeste. Cuando por fin divisaron una tierra «llana y cubierta de bosques», Bjarni supo que no podía ser Groenlandia. Resulta que este comerciante era un hombre en extremo práctico y poco curioso, y como el objetivo de su viaje era llegar a Groenlandia no permitió que sus hombres desembarcaran en las costas de aquellas tierras. Así, desdeñosamente, dando la espalda a la historia, Bjarni retomó el rumbo hacia Groenlandia, donde relataría su experiencia.

Durante más de diez años ningún otro navegante avistó las tierras que Bjarni decía haber mirado cuando fue desviado por una tormenta. Sin embargo, cuando los groenlandeses subían a las altas montañas de la costa oeste de Groenlandia y miraban con dirección al oeste, a lo lejos, en el horizonte, podían distinguir lo que parecía tierra firme. El relato de Bjarni parecía, entonces, tener fundamento.

En el año 1001 Leif Ericson, también conocido como Leif el Afortunado, escuchó ese relato. Una vez encendida su imaginación, decidió embarcarse en pos de aquella tierra. Con ese fin, después de comprar el barco de Bjarni y de reunir una tripulación de 35 hombres, se lanza a explorar el oeste.

Leif y su tripulación navegaron hacia el occidente y dieron con la tierra que años antes Bjarni había hallado. El lugar que ahora Leif miraba era la isla de Baffin, ubicada al norte del estrecho de Hudson, a la cual denominaron Helluland que significa tierra de la roca plana. Después, navegando hacia el sureste, vieron una tierra llana. Estaba cubierta de bosques y, justamente por eso, la llamaron Markland, o tierra de los bosques. Buscando un lugar donde pudieran pasar el invierno, encontraron un atractivo lugar al que llamaron Vinland, o tierra de vino. Esta designación ha sido motivo de las más variadas interpretaciones. Es posible que tal denominación fuera sólo un truco para hacer que esa tierra resultara más atractiva para los posibles colonizadores.

Como quiera que fuera, Leif y sus hombres encontraron por demás espléndida aquella región (lo cual no es sorprendente si se considera el enorme frigorífico del que provenían). Al verano siguiente regresaron a Groenlandia. Leif había planeado establecer una colonia en las tierras halladas, pero la muerte de Eric el Rojo frustró sus planes porque, como hijo mayor, las responsabilidades de su familia recayeron en él. Aunque Leif no volvería a viajar jamás, se había convertido en el primer europeo en pisar las tierras de América.



El barco de Leif acercándose a América. Pintura de Emil Bjorn. Jefferson Parkfield House.



Escultura de Leif Ericson.



Reconstrucción de una casa vikinga en L'Anse aux Meadows, Terranova.

En el año 1002 un mercader islandés, Thorfhinn Karlsefni, visitó Groenlandia. Al escuchar los relatos y la descripción de Vinland, decidió marchar hacia aquel lugar para establecer una colonia. Organizó una expedición mucho más grande que la de Leif: tres barcos, unas ochenta mujeres, 160 hombres y ganado. En el 1003 desembarcó en Vinland y estableció una colonia. Pero, a diferencia de Groenlandia e Islandia, Vinland no estaba deshabitada. Estaba poblada por gente (posiblemente indios o esquimales) a la que los vikingos llamaron *skraeplings*. La hostilidad que esos «nativos» mostraron a los nórdicos fue una barrera mucho mayor que todo el hielo de Groenlandia. La colonia de Vinland no pudo sostenerse y fue abandonada en 1006. Un nuevo intento para establecer una población tendría los mismos resultados. Hacia el año 1020 las colonias vikingas en América abandonaban la historia para ingresar al terreno de la arqueología.

Pero ese no fue el fin de las visitas a las costas de Norteamérica. Los groenlandeses siguieron viajando al continente americano por lo menos durante otros 300 años más, hasta aproximadamente el año 1350, en busca de madera para la construcción naval, ya que en la Groenlandia de aquella época no había árboles. Pero, por aquel

tiempo, la suerte de las colonias groenlandesas también había sido echada. Su existencia era ya muy precaria y dependía de la constante comunicación con Islandia y Noruega, así como de la permanente afluencia de nuevos colonos. Ese vínculo vital sería roto por una calamidad que hacía estragos en Europa: la peste negra. En 1349 la enfermedad arribó a Escandinavia y a Islandia, y la mortandad no se hizo esperar. Como resultado de la pestilencia, la economía se contrajo y el débil vínculo con Groenlandia terminó por romperse. Además, desde el año 1200, la Tierra venía sufriendo un enfriamiento que poco a poco estaba haciendo imposible la agricultura en la ya de por sí fría Groenlandia. Y para colmo de males, o por si hubiera duda en lo que el destino deparaba a los groenlandeses, les surgió otro enemigo, esta vez humano.

Hacia el año 2500 a.C. nuevos inmigrantes provenientes de Siberia habían franqueado el estrecho de Bering y penetrado en las regiones más australes de América. Estos nuevos pobladores eran los esquimales y la tercera oleada de asiáticos que llegaban al continente americano. Completamente adaptados a sobrevivir en las duras regiones polares, empezaron a colonizar las zonas costeras del Ártico americano. Para el año 1000

se encontraban habitando ya el norte de Groenlandia y para el 1300 eran mucho más numerosos que los colonos escandinavos. En 1379 los esquimales atacaron la población de Vesterbygden y la otra, Herjolfsnes, quedó muy amenazada, hasta que en 1415 desapareció. Cuando cayeron las colonias groenlandesas, sus habitantes se llevaron a la tumba el secreto de la legendaria Vinland.

Los vikingos fueron casi con toda seguridad los primeros europeos que se establecieron en América. Esa empresa de colonización sin duda fue un enorme acto de valor. Pero esa hazaña no implica que hubieran descubierto América. En primer lugar porque aquel evento no cambió la visión que ellos tenían del mundo, ni cambió la de nadie más. Para los vikingos, Vinland (ubicada en un lugar llamado ahora L'Anse aux Meadows, al noreste de Terranova, que la UNESCO ha declarado patrimonio del mundo) no era sino una más de las tantas islas de los mares por los que navegaban. Así, lo más sorprendente de la aventura vikinga en América no es que realmente llegaran a aquel continente, sino que lo alcanzaran, se establecieran allí durante cierto tiempo y no lo «descubrieran».

